

# El método científico como base del razonamiento en *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo

Mariapia Lamberti\*

A Beatrice Rangoni-Machiavelli

A lo largo de los siglos que han transcurrido desde la publicación del *De principatibus*, se han verificado sin interrupción dos fenómenos: por un lado, los políticos (de todas las tendencias) no han dejado de usarlo como texto de cabecera; por el otro, los críticos (de todas las tendencias) no han dejado de quemarse las pestañas en el intento de dar una interpretación "moral" del ensayo maquiaveliano, concluyendo siempre con una condena explícita o implícita del gran *secretario florentino*.

La superior a-moralidad del texto en cuestión se puede asimilar mejor si se analiza el método con que Machiavelli llega a emitir los enunciados que tanto nos escandalizan o avergüenzan: un método fundamentado en la más limpia y desprejuiciada observación, repetición y comprobación; un método científico, el mismo que, aplicado a los insectos, a las enfermedades o a los astros, no sólo no nos indigna, sino que nos hace sentir orgullosos del libre espíritu del hombre moderno.

Pero para emprender este análisis es necesario revisar y comprender las circunstancias en que fue concebida la famosa obra, y lo que motivó su apresurada y concentrada redacción. Quiero decir, analizar las causas y las



**IZTAPALAPA 41**

ENERO-JUNIO DE 1997

pp. 55-62

\* Profesora de tiempo completo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

finalidades, el *por qué* y *para qué* de su redacción.

Entre el año de nacimiento de nuestro autor, 1469, y el año de redacción del *Príncipe*, 1513, se habían consolidado en Europa los grandes Estados monárquicos, cuyo modelo estructural y político permitía un juego de fuerzas a niveles mucho más amplios, territorial y políticamente, de los que caracterizan la época inmediatamente anterior, la del feudalismo anárquico y de las libres Comunas. Dicho de forma más sencilla, muchas zonas de Europa, especialmente Francia y España, estrenaban la unidad de población, territorio y gobierno que constituye el Estado moderno; el gobierno se reducía a una jefatura única: casi siempre un rey hereditario según el antiguo uso de los bárbaros invasores del imperio; pero libre, en su gobierno, de injerencias o coparticipaciones de sus inmediatos vasallos, los nobles feudales: latinamente, *absolutus*. Esta libertad, esta "soltura" se había ido conquistando poco a poco y duramente (el caso de Francia es ejemplar), y proporcionaba ahora a este gobierno identificado con el gobernante una gran rapidez de decisiones, una gran capacidad económica, pues permitía reunir en dos solas manos todos los recursos del estado a través de la recaudación directa de impuestos de los que ya no eran vasallos sino súbditos; y una gran fuerza militar, que derivaba de

la población, directamente sujeta al mando del rey sin mediar el reclutamiento local y la obediencia a los grandes señores. Estas dos fuerzas del Estado se hallaban puestas al servicio de la ambición territorial.

En 1513 el choque entre los dos gigantes ya estaba en acto, y su presa más codiciada era, como es sabido, Italia. Italia, por su parte (y tenemos que recordar que el nombre es únicamente una expresión geográfica, como tuvo a bien recordar todavía en el siglo pasado el Canciller Bismarck), desde siglos conocía ya el sistema estatal en buena parte de su territorio, específicamente el que media entre los Alpes y Roma; pero no se trataba de un estado unitario, sino de una multiplicidad de estados, limitados en el territorio, escasos en habitantes, y cuyo "gobierno" más bien se identificaba con una ciudad, que a su vez contaba con unas magistraturas internas y renovables, y que entendía el territorio circundante como tierra de conquista. Ese gobierno ciudadano ya había pasado, en la época de Machiavelli, a través de las formas colectivas y electivas que solemos definir republicanas, y otras formas solapadamente dictatoriales (las Señorías); los territorios de algunas ciudades-estados se habían ensanchado a costa de otras, y las ciudades perdedoras pasaban, sometidas y a menudo rebeldes, a ser propiedad de la vencedora, de ninguna manera par-

tes de un todo orgánico. En estos estados (de características muy diferentes de las de los grandes conjuntos de gobierno-población-territorio antes examinados) la jefatura gubernamental tendía a hacerse hereditaria y absoluta, según el modelo contemporáneo, iniciando el período llamado de los Principados.

Pero —hay que recordar— en Italia se desconocía el concepto, bárbaro y no romano, de la sacralidad de los reyes y de los derechos de sangre: estaba muy vivo en todas las ciudades el recuerdo, la conciencia precisa de que la autoridad de las magistraturas deriva del nombramiento, y el mismo papa, sacro en su persona por el tiempo vitalicio de su investidura, debía su dignidad suprema a la elección: antiguamente por aclamación del pueblo de Roma, y más recientemente por la votación de un restringido grupo de electores eclesiásticos.

Por otro lado, la costumbre de las ciudades italianas de luchar en defensa de sus intereses, las unas contra las otras, no se había extinguido, y tampoco la absurda costumbre de valerse, para sus guerras, de tropas mercenarias, siempre dispuestas a la traición. En la época en que Machiavelli vive, las miradas de los cinco mayores Estados en conflicto de intereses, entonces presentes en Italia (Venecia, Milán, Roma, Nápoles y Florencia), estaban peligrosamente desviadas de los movimientos

de los dos colosos al acecho. Y entre dos (o más) que se pelean, el tercero es el que gana: en 1494 la expedición de Carlos VIII había sumido a los ricos y cultos habitantes de las ciudades italianas en el estupor de verse objeto de una conquista armada.

Machiavelli veía la situación con la lucidez del ciudadano de la ciudad que por más tiempo había conservado las formas republicanas, y el ejercicio de la participación política. Florencia había conocido, es cierto, la inteligente y respetuosa dictadura medicea, preludeo al advenimiento del principado, pero la constante —muy florentina— de las luchas partíticas no se había apagado, y el propio Machiavelli había probado en carne propia lo que significa la desunión y la alternancia en el poder para una ciudad. A la lucidez de la experiencia vivida se unía la del estudioso de historia, del humanista sumergido en la contemplación inteligente de las acciones de los antiguos padres a través de sus legados librescos. Historia antigua y política nacional e internacional bastaban para convencerle de que, de no formarse en la Italia geográfica un estado unitario y poderoso, capaz de defenderse contra los enemigos externos que ya habían revelado sus intenciones, la Italia ciudadana acabaría su existencia bajo la oleada de la “segunda invasión de los bárbaros”, como él mismo la definió.

Pero los grandes Estados ya consoli-

dados y activos habían durado siglos para constituirse, y el fenómeno se había verificado, por así decirlo, por sí solo, en sucesión de acontecimientos lógicamente concatenados. Italia no tenía tiempo. Para defenderse, sobrevivir y afirmarse (Machiavelli sabía que defensa y ataque son sinónimos en la política y la guerra) debía de alcanzar de golpe, no en una generación, sino en pocos años, la condición de Estado unitario. No había tiempo para dejar que se asentara una mística del poder que permitiera la concreción de una monarquía absoluta como la de los estados occidentales; mística por otro lado ajena, como dijimos, a la mentalidad heredada de los romanos. Había que emprender la tarea con la lucidez de quien la reconoce artificialmente planeada, arquitectada y llevada a cabo con pleno reconocimiento de la voluntad humana del acto. Hacía falta la clara conciencia de la naturaleza del poder, en un hombre audaz y ambicioso, pero guiado por un igualmente claro conocimiento de la línea a seguir y de la meta a alcanzar y del porqué de ésta, pues todo fracaso no admitiría una segunda oportunidad.

Sabemos que Machiavelli creyó reconocer en algunos personajes de su época el hombre adecuado, y que el destino no permitió que tomaran la iniciativa; sabemos que los bárbaros cruzaron otra vez los Alpes y que el "proyecto Italia" se realizó tres siglos y

medio más tarde. Pero de este proyecto tenemos la parte que a Machiavelli, hombre de letras y no de armas, le correspondía: el trazado preciso y escueto de los pasos necesarios, el *baedecker* del recorrido rápido hacia un sólido y duradero poder.

Si tenemos presentes estas premisas, veremos que las características estilísticas del *Príncipe* resultan consecuentes y necesarias:

- 1) la obra es corta y fácil de leer por su precisa subdivisión en capítulos en lógica progresión (el futuro Príncipe no tiene tiempo que perder en la primera lectura o en las posteriores consultas del manual);
- 2) la impostación del lenguaje es directa, corresponde casi a una primera persona en diálogo con el lector (el Príncipe debe encontrar en el libro el sabio consejero que tal vez le falte al lado, debe poder "hablar" con él);
- 3) se omite toda teorización, toda reflexión abstracta (el Príncipe no debe aburrirse o tener la tentación de saltar páginas o párrafos, o desechar el libro porque lo siente dirigido más al filósofo que al hombre de acción).

He aquí el punto. Machiavelli no es, y sobre todo no quiere ser, filósofo (recordemos que, fino latinista, no conocía el griego; una excepción en el ambiente humanístico florentino, que lo apartaba de la especulación estrictamente li-

gada entonces al neoplatonismo), y afirma rotunda y repetidamente, en la obra, su voluntad de ceñirse estrictamente a la *verità effettuale* la verdad que se desprende de los hechos: *e facto*.<sup>1</sup>

De esta premisa, se deriva coherentemente que "los hechos" son el objeto de análisis en esta obra. Dije análisis y es oportuno sustituir el término por el de observación. Machiavelli observa al hombre en términos estrictamente naturalísticos, como cualquier otro objeto que hace parte del cosmos: al insecto humano lo considera, porque así demuestra serlo, siempre igual en el transcurso de los días y de las épocas; a la vez que los enunciados que se refieren al comportamiento de la sociedad se apoyan siempre en una comprobación basada en hechos históricos (mejor: de tales hechos se sacan las constantes que se enuncian como ley), la afirmación de cómo son y se comportan los hombres no necesita comprobación alguna, pues es algo que pertenece a la experiencia de todos. La desprejuiciada entomología política del gran florentino cancela de golpe la visión del hombre soteriológica y ascensional que privara en la Edad Media cristiana.

La mecánica del discurso maquiaveliano procede en tres tiempos, a los que atribuiremos un número para distinguirlos:

1. Enunciación de un principio general;
2. Observación de los hechos concre-

tos sobre dos vertientes: la de la naturaleza humana y la histórica;

3. Comprobación del enunciado inicial. Es un método que no se inventa en cuanto tal, que no se propone como dialéctica de conocimiento, mas que se usa por ser el más obvio, sencillo y directo para los fines que el pensador se propone.

La ejemplificación se puede hacer abriendo el libro al acaso. Me cae bajo los ojos el breve capítulo v: *En qué manera se tenga que gobernar las ciudades o los principados, los cuales, antes de ser ocupados, vivían bajo sus propias leyes*.<sup>2</sup> Analicémoslo.

1. *Enunciación del principio que se va a demostrar:*

Cuando aquellos estados que se adquieren (...) están acostumbrados a vivir bajo sus propias leyes, y en libertad, si se quieren mantener, hay tres maneras: la primera es destruirlos; la otra, ir a vivir allí personalmente; la tercera, dejarlos vivir con sus leyes, sacando de ellos un tributo, y buscando adentro de ellos un estado de pocos que te lo mantengan amigo.

- 2.1. *Observación de la naturaleza humana, individual:*

Porque este estado [de pocos], siendo creado por aquel príncipe, sabe que no puede quedarse [en el poder] sin la amistad y poder de aquél, y habrá de hacerlo todo para conservarlo;

3. *Reafirmación del enunciado*, ya como ley comprobada:

“y más fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir libre por medio de sus ciudadanos, que de ningún otro modo, *queriendo quedarse con ella*”.<sup>3</sup>

2.2. Observación de la historia:

Nos sirven de ejemplo los Espartanos y los Romanos. Los Espartanos conservaron Atenas y Tebas creando en ellas un estado de pocos: y sin embargo las perdieron. Los Romanos quisieron conservar Capua, Cartago y Numancia, las destruyeron y no las perdieron. Quisieron conservar Grecia, así como la mantuvieron los Espartanos, haciéndola libre y dejándole sus leyes, y no tuvieron éxito. De manera que se vieron obligados a deshacer muchas ciudades de aquella provincia para mantenerla.

3. *Reafirmación del enunciado*, ya como ley:

porque *en verdad* no hay manera segura de poseer, sino la ruina. Y el que se vuelve dueño de una ciudad acostumbrada a vivir libre, y no la deshace, que espere ser deshecho por aquello mismo,

3.2.1. *Comprobación por observación de la naturaleza humana, colectiva.*

porque siempre busca amparo en la rebelión el nombre de la libertad y sus antiguos órdenes, los cuales ni por largo

paso del tiempo, ni por beneficios, nunca se olvidan; y por cuanto se haga o se disponga, si no se disminuye o dispersa a los habitantes, éstos no olvidan aquel nombre ni aquellos órdenes, sino de inmediato los esgrimen

3.2.2. *Comprobación por observación de la historia:*

“como lo hizo Pisa después de cien años que había sido reducida en servidumbre por los florentinos”.

3.2.1. *Observación de la naturaleza humana, colectiva, en términos de recapitulación:*

Pero cuando las ciudades están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y aquel linaje sea extinto, siendo por un lado acostumbradas a obedecer, por el otro no teniendo príncipe viejo, hacer uno entre ellos no se ponen de acuerdo, vivir libres no saben; de modo que son más lentos en tomar las armas,

3. *Reafirmación del enunciado como ley:*

“y con más facilidad un príncipe las puede ganar para sí, y estar seguro de ellas”.

2.1. *Observación de la naturaleza humana, colectiva, en términos de recapitulación:*

“Mas en las repúblicas (estados libres) hay mayor vida, mayor odio, más deseo

de venganza; ni los deja ni los puede dejar descansar la memoria de la antigua libertad;”

### 3. Reafirmación del enunciado como ley:

“de manera que la vía más segura es apagarlas o ir allí a vivir.”

El trazado es clarísimo, la demostración incontrovertible, porque el método está fundamentado sobre leyes de rigor matemático y sobre la evidencia. Pero a Machiavelli no le importa afirmar las leyes del método, sino las leyes que rigen el quehacer político, y por eso no se le quiere considerar entre los que promovieron el método naturalístico para alcanzar el conocimiento.

La interpretación estrictamente circunstancial de las obras literarias o filosóficas es uno de los métodos más socorridos de limitar su alcance universal: por supuesto no es ésa la intención de este somero análisis. Sólo pretendo probar que si no se tiene en cuenta esta premisa circunstancial, y se considera al *Príncipe* como un texto desarraigado de su contexto, se cae más fácilmente en la tentación de analizarlo confrontándolo con los parámetros abstractos de un *deber ser* político al que es muy noble aspirar, aunque hasta la fecha no lo veamos puesto en práctica. La necesidad de contundencia para alcanzar el fin político inmediato, la “prisa” histó-

rica que mueve a Machiavelli, le hacen ceñirse lo más estrictamente posible a lo que *es*, desdendiendo como pérdida de tiempo y energías la consideración de lo que *debería ser*.<sup>4</sup> De allí su crudo realismo, su falta de moralismo abstracto; aunque quien ha leído detenidamente a Machiavelli sabe que no carece de moralismo concreto: llama a lo malo, malo, y a lo bueno, bueno. He subrayado las frases con que recuerda que ciertas acciones de por sí malas, se cometen sólo si se quiere, si las circunstancias los exigen; pero no cambian su naturaleza, no se *vuelven justas*. Machiavelli comenta en ocasiones, no sin cierta amargura, que lo malo puede *parecer* o *ser considerado* bueno por la masa despreciable de los necios, si conduce al éxito.<sup>5</sup> Y lo que le importa, eso sí, es el éxito, el fin de que Italia no se pierda, y para ello hay que *conocer*, y rápido, los medios idóneos, prácticamente efectivos (*necesarios*, como él dice) aunque moralmente sean malos. Nada está tan lejos de esta postura que un deseo de “justificación” que, como nos dice la etimología, significa *hacer justo* con alguna artimaña algo que por supuesto no lo es. Desaparecido el viril intelecto del florentino, sus secuaces (que no seguidores) encontraron la artimaña “justificante”: la Razón de Estado.<sup>6</sup>

Machiavelli, piedra angular del Renacimiento, fue el primer “científico” de Europa, pero nunca se le perdonó

haber dirigido hacia el mismo hombre su espíritu de observación.

¿Nunca? En su propia época, época de gigantes, su obra no escandalizó ni fue leída a escondidas. El frío y sereno espíritu de aceptación de la realidad (el mismo que manifiesta el "divino" Ariosto) era forma de sentir común para los libres espíritus de la época que llamamos Renacimiento. Una generación bastó para que este espíritu se viniera abajo, y empezara la plurisecular crucifixión de uno de los mayores genios que ha dado la humanidad.

## NOTAS

- 1 Es interesante en este punto señalar que en las traducciones al español de esta obra (interesante sujeto para un estudio que no creo se haya llevado a cabo todavía), fuertemente condicionadas, sin excepción, por un rechazo sustancial al método maquiaveliano, me tocó ver una donde el término *efectual* sencillamente estaba... ¡omitido!
- 2 Las traducciones, de ahora en adelante, son más, y pretenden ser lo más fieles al texto, sin preocupaciones estilísticas.
- 3 Los subrayados son míos.
- 4 En el capítulo XV, Machiavelli polemiza contra los que escribieron de política imaginando "repúblicas y principados, que nunca se ha visto ni conocido que existan de verdad" afirmando querer ceñirse "a la verdad efectual de la cosa y no a la imaginación de la misma".
- 5 Cf. capítulo XVIII: "... en las acciones de todos los hombres, y máxime en las de los príncipes, se mira al fin [éxito, resultado]. Póngase en

mente pues, el Príncipe, de ganar y conservar el estado; los medios serán siempre *juzdados* honrosos, y alabados por cada cual: porque el *vulgo* hay que tomarlo siempre con lo que *aparenta ser*, y con el suceso [éxito, resultado] de la cosa; y en el mundo no hay sino *vulgo*..." Es claro que aquí se habla despectivamente de los que siguen las apariencias (el *vulgo*), y a su conveniencia excusan lo que es reprochable. Desdefiosamente, Machiavelli mantiene firme el juicio moral, pero reconocen la *necesidad* de usar a menudo acciones contrarias a lo moralmente correcto.

- 6 A este propósito comenta, allá por 1927, Luigi Russo: "Para no hablar que también sería tiempo de abandonar esa trivial máxima de que *el fin justifica los medios*, que no es de Machiavelli sino de sus falsos e inconfesables alumnos, los jesuitas, pues quien haya leído atentamente las obras del gran florentino sabe que dicha máxima no se encuentra ni se puede encontrar, porque contrastaría con el pensamiento, desprejuiciadamente, más profundo de nuestro escritor. Esa máxima, por el contrario, está cargada de aquel falso pedagogismo que se puso en auge con la Contrarreforma(...). Por esta vía, con este continuo resurgente moralismo, Machiavelli hará siempre el papel del culpable, necesitado de nuestras justificaciones; mientras no hay otra justificación que valga, sino la inteligencia de su pensamiento efectivo, en su arrolladora originalidad y en la dureza de sus límites." (Luigi Russo: "Postille a Machiavelli. 'Virtu', 'Fortuna' e altre espressioni proverbiali in Machiavelli" (1927), en: *Machiavelli*, Bari, Laterza, 1972, p.175.)